

## EDITORIAL

**Prof. Dr. Alfredo E. Buzzi**  
 Editor Responsable

## El poder de las palabras

Una de las obras literarias que mejor enseña el valor de la palabra es “Las Mil y Una Noches”. El sultán Shahriar yace cada día con una doncella distinta y la hace decapitar al amanecer. En cada una de estas vírgenes, que dejan de serlo esa noche, se venga de la traición de su esposa. Hasta que llega Sheerezada, quien con sus relatos es capaz de postergar la sentencia, de suspender la violencia. Esta es una de las grandes cosas que las palabras han hecho por la humanidad: postergan, hacen más larga y llevadera la ineludible sentencia de la muerte que todos llevamos dentro.

¿Cuándo aparecieron las palabras? Según la Biblia el primer hombre se pone a mirar las cosas y a asignarles un nombre (la etimología de la palabra Adán nos lleva a la expresión “creador de nombres”). El Génesis 2:20 lo relata así: “Y puso Adán nombre a toda bestia y ave de los cielos y a todo ganado del campo”. Pero el mito de Adán ya no satisface a casi nadie cuando pensamos en los orígenes del lenguaje humano.

Durante dos millones de años el progreso de los antepasados del hombre (*homo habilis* y *homo erectus*) fue muy lento. El *homo sapiens*, que los superó con un aumento considerable de la capacidad del cráneo (de 1.200 a 1.600 ml.), pasó 170.000 años sin mostrar grandes avances en sus herramientas, es decir, en su precaria tecnología. Y de repente, hace 30.000, como en una avalancha, surgen uno tras otro: el arco, la flecha, los arpones, las herramientas compuestas. Y aparece también el arte, los dibujos en las piedras y las herramientas con adornos inútiles, sólo para el goce visual. Son de esta época las impresionantes pinturas de las cavernas. ¿Cuál fue la razón de esa gran explosión de creatividad?

Parece ser que el gran cambio consistió en algo que no deja huellas en las piedras ni en las paredes de las cavernas: aparecieron las palabras, el lenguaje articulado. Los gritos, las interjecciones, los llamados de atención, los lamentos, los alaridos de cólera o de miedo o de dolor o de alegría, los aullidos, se concentraron en algo más elaborado: en palabras.

No es una coincidencia que aparezcan simultáneamente el arte y el lenguaje articulado. El arte nace como una abstracción de la realidad, como una representación simbólica de la realidad. Las primeras manifestaciones artísticas consistieron en la concentración y simplificación de una

forma natural, por ejemplo, de un animal. En unos pocos rasgos visuales, en unas líneas casi esquemáticas, reconocemos un toro, un caballo, un bisonte.

Antes había solo tigres reales. Con el arte aparece también el tigre de papel, de piedra, de hueso, el tigre pintado en la pared. El arte nos da la representación abstracta del tigre, no de un tigre concreto, sino de todos los tigres reales. Es algo muy parecido a lo que hace el lenguaje articulado, capaz de evocar las cosas del mundo mediante una señal sonora, una abstracción sonora. El lenguaje representa simbólicamente objetos e ideas.

Del arte hay huellas precisas que se conservan en las paredes. De la voz humana, volátil y efímera como es, no nos quedan rastros, y habría que esperar otros miles de años hasta que a algún genio desconocido se le ocurriera inventar la escritura. Pero la gran explosión de creatividad en las herramientas y la aparición del arte nos hace pensar que esa gran estructura de símbolos que es el lenguaje apareció al mismo tiempo.

La aparición del lenguaje articulado fue el gran motor de la inteligencia y del desarrollo del hombre en los últimos 35.000 años. Permitió transmitir y conservar la experiencia, el pensamiento y el conocimiento. La palabra ha sido nuestra gran herramienta para domesticar las ideas, para ordenar nuestro pensamiento, para conseguir llegar al razonamiento lógico explícito y al pensamiento conceptual. Con la aparición del lenguaje el hombre, por fin, puede hablar de ayer (es decir, transmitir experiencias) y puede hablar de mañana (o sea, prever hasta cierto punto el futuro).

Poder referirse a un tigre sin tener enfrente al tigre real tiene muchas ventajas: frente al tigre

hay que correr, frente a la palabra tigre se puede seguir sentados. Lo útil de esto es que antes de arriesgarse a enfrentar al tigre, el hombre puede discutir con sus compañeros de cacería, puede afilar y sofisticar sus armas, puede representar en la cabeza (y en palabras) una simulación subjetiva de lo que hará. Remeda en el pensamiento lo que puede suceder en la realidad. Antes de intervenir en la realidad, nombra la realidad.

Sigmund Freud fue quien dijo que el primer hombre que arrojó un insulto en vez de arrojar una piedra fue el inventor de la civilización. Es una buena descripción del poder de las palabras.

Imaginemos unas tribus de hombres que intercambian palabras, es decir ideas, que hablan y contestan, que deciden hablar antes de darse un garrotazo. Antes de usar las lanzas afiladas discuten si puede haber otra solución. Todavía hablan, todavía no han pasado a los hechos, y aquí las palabras valen mucho más que los hechos. Supongamos que discuten sobre cuál de las dos tribus podía hacer uso de un lago. Unos dicen "nosotros lo vimos antes", los otros contestan "nosotros tenemos niños y ancianos", y los primeros retrucan "nosotros también tenemos niños y ancianos, y además enfermos". Unos, más mansos, dicen "podemos intentar organizarnos para que el agua alcance para las dos tribus", pero otros dicen al oído del jefe "las lanzas de ellos tienen menos filo, los brazos de ellos tienen menos músculos, luchemos y les ganaremos y el agua será sólo para nosotros". Y dejan de hablar.

Las palabras a veces también sirven para herir e incitar a la lucha. Dejan de hablar y empiezan a matarse. Y no está Sheerezada para suspender la violencia con sus palabras. **EAB**